

¿COMO ERA LA COMUNIDAD QUE JESUS QUERIA?

Alejandro von Rechnitz

¿Cómo era la comunidad que Jesús quería? Ciertamente no quería crear una religión nueva porque eso lo hubiera convertido en un apóstata de la suya y, además, eso hubiera convertido en letra vacía todas las promesas hechas al pueblo de Israel por parte de Dios. Jesús no quería dadores de culto a él, sino seguidores de su misión, continuadores de la misión que el Padre le había dado a él: anunciar y hacer presente el reinado de Dios. Jesús creó un movimiento, en la línea profética más genuina, que volviera al pueblo de Dios a la época de Abraham, en su dimensión religiosa.

Anotemos, de paso, que nos es más fácil decir lo que Jesús **no** quería en su Iglesia, en su comunidad de seguidores, que lo que sí quería y eso porque lo que no deseaba aparece expresamente dicho por él. Por ejemplo: no será así entre ustedes; entre ustedes el que quiera ser el primero que sea el servidor de todos (cfr. Mt 20,26-28). Desde luego, hay afirmaciones apodícticas puestas en boca de Jesús que, por lo menos, nos dicen qué creía la comunidad primera que debía ser o tener la comunidad creada por Jesús si quería ser la comunidad de Jesús. Así: ámense los unos a los otros como yo los he amado

(Jn 13,34-35); lávense los pies los unos a los otros (Jn 13, 14-15); el que no renuncie a todos sus bienes no puede ser discípulo mío (Lc 14,33); el que no tome su cruz y me siga no puede ser discípulo mío (Mt 10,38). De allí ya podemos sacar algo acerca de lo que la comunidad primera entendía claramente que debía tener cualquier comunidad que se quisiera presentar como comunidad de Jesús.

En genuina línea profética volver a la época de Abraham.

Una comunidad que tenía a Abraham por padre de su fe (cfr. Rom 4,11), eso era la Iglesia que Jesús quería. Recordemos que Abraham vivió su fe sin culto fijo y sin ley de Moisés. Cuando Jesús rechaza el título de "hijo de David" o de "Mesías" lo hace porque rechaza lo que David y su familia, en especial Salomón, habían significado para la fe de Abraham: la total institucionalización instaladora.

Una comunidad que tenía a Abraham por padre de su fe no tenía ni lugares sagrados ni días fijos para ofrecer el culto que Dios quiere. De allí viene el que la Iglesia primera pusiera en boca de Jesús frases como "**donde** se reúnan dos o tres de ustedes en mi nombre **allí** estoy yo en medio de ustedes" (Mt 18,20); "**cada vez** que ustedes hagan esto..." (1 Cor 11,23-25).

La comunidad que tenía a Abraham por padre de su fe era una comunidad sin otro "sacrificio" que la conmemoración del que Jesús, el hijo de Abraham, su descendencia, había llevado a cabo al dar su vida en la cruz.

Una comunidad que tenía a Abraham por padre de su fe era una comunidad sin sacerdocio segregado. En la época de Abraham todo hombre ofrecía su cordero en la puerta de su propia casa. ¿Cómo un hombre laico en su religión, que no tenía derecho alguno al sacerdocio cultural, en la forma que el judaísmo había adquirido en la época de Jesús, podía pensar en ordenar sacerdotes?

La carta a los Hebreos se escribió precisamente con la finalidad de excluir, dentro del cristianismo, el que alguien quisiera ejercer el sacerdocio cultural (cfr. Heb 7,27; 9,28; 10,14). Era una comunidad que, por tener a Abraham por padre de su fe, se sentía libre frente a la ley de Moisés. La comunidad primera vivía pensando que la ley de Moisés había dejado de tener vigencia. Creer en la vigencia de la ley hubiera sido, para esa primera Iglesia, negar de hecho que Jesús fuera el Mesías. Los judíos que formaban la comunidad primera creían en la existencia de tres tiempos dentro del tiempo: el tiempo anterior a la ley (hasta Moisés); el tiempo de la ley (desde Moisés al Mesías); el tiempo sin la ley (desde el Mesías en adelante). En Hechos 15,10 aparece cómo veía esa Iglesia a la ley: un yugo que ni nosotros ni nuestros padres pudimos sobrellevar, y ¡es Pedro quien dice eso! Los seguidores de Jesús se sentían defensores del amor (cfr. 1 Jn), defensores de la misericordia (cfr. Mt 9,13; 12,7), defensores de la gracia (cfr. Jn 1,17), no de la ley.

Una comunidad que tenía a Abraham por padre de su fe era una comunidad sin rey que representara a Dios. Esa comunidad, igual que Jesús, quería a Dios mismo reinando, inmediatamente, sin intermediarios. ¿Cómo puede tener representantes quien está plenamente presente? (cfr. Jn 14,7-8; Col 2,9). Podemos ver en el Apocalipsis a la comunidad primera diciendo que en la nueva Jerusalén no habrá templo porque Dios mismo estará presente. Con la destrucción del templo, en el año 70, esa comunidad primera creyó, lógicamente, que había llegado el tiempo final, en que Dios no sería adorado en Jerusalén o Samaria, sino en espíritu y verdad (cfr. Jn 2,18-22; 4,21-24).

La comunidad que tenía a Abraham por padre de su fe era una comunidad sin imágenes de ninguna clase. El hombre no sabe cómo es Dios. Sólo Dios sabe cómo es Dios y él ha hecho una imagen, una sola, que de verdad se le parece; e hizo al ser humano a su imagen y semejanza (cfr. Gn 1,27). ¿Quieres ver a Dios?, ¡mira hacia tu prójimo, mira hacia el fondo de tu corazón humano! También

Dios puede decir: soy humano, me he encarnado, y nada humano me es ajeno. Cuando Pablo dice, en el Areópago de Atenas, que va a hablarles de Jesús, el Dios desconocido que no necesita de manos humanas que lo sirvan o de templo en el que habitar (cfr. Hch 17,22-29), se refiere precisamente al Dios que no tenía imagen de ninguna clase en Atenas. La comunidad que tenía a Abraham por padre de su fe era una Iglesia que no daba otro culto, como Abraham o Jesús, que el culto de la vida misma vivida en presencia de Dios. La fe, que se manifiesta en las obras de la vida diaria (cfr. Sant 2,14-23; 1 Pe 2,5; Flp 2,17). Una Iglesia que ofrecía el culto de su vida toda, en todo lugar. Una Iglesia que ofrecía el sacrificio de la vida toda, hasta dar la vida. Al discípulo, al seguidor, no puede irle mejor que al maestro (cfr. Mt 10,24; Lc 6,40) y el que no tome su cruz y siga a Cristo no es discípulo de Cristo (cfr. Lc 14,27). Cristo mismo pregunta a sus discípulos si están dispuestos a "beber el cáliz" (Jn 18,11; Mt 20,22-23) que él va a beber y, en la última cena, los invita a todos, a todos los que eran la comunidad primitiva, a beber el cáliz: "tomen y beban todos de él" (Mt 26,27).

Sin sacerdocio cultural.

La Iglesia primera se entendió a sí misma como una comunidad sin sacerdocio cultural. En su religión Jesús había sido un laico. Ni pertenecía a la tribu de Leví, ni a la familia de Aarón, ni a la rama de Sadoc. No por gusto, Mateo, Marcos y Lucas hacen culpables de la muerte de Jesús no a los fariseos, sino a los saduceos (descendientes sacerdotes de Sadoc) y se hace notar que, en el juicio de Jesús, son dos fariseos los que intervienen a su favor.

Si Jesús hubiera sido sacerdote, los "sacerdotes" podrían presentar el sacerdocio como el prototipo y perfección del ser humano. No sólo Jesús fue laico, sino que no fue al templo a orar. Para orar Jesús se iba al monte (cfr. Lc 6,12; 9,28; Mt 14,23; 26,36). Cuando Jesús va al templo es o para confundir a los doctores (Lc 2,46-47) o para hablar del reinado de Dios (Lc 20,1; Jn 18,20). Jesús no

mantenía habitualmente relaciones con los sacerdotes. No pidió permiso a ellos para funcionar como lo hizo y no les reconoció el derecho a descartar su actuación en función del reino de Dios (Lc 20,1-8). Jesús no aparece ofreciendo ningún tipo de sacrificio cultural, ni siquiera es él quien prepara el cordero pascual. Jesús no envía a nadie a los sacerdotes como no sea para que ellos efectuaran una tarea que nadie consideraría ahora un asunto sagrado o propio del sacerdote: certificar la salud de leprosos (Lc 17,11-14).

En la Iglesia primera no llamaron a nadie sacerdote (hiereus), sino solamente a Jesucristo, que había ofrecido el sacrificio, siempre presente ante Dios, de su vida toda (cfr. Carta, entera, a los Hebreos) y a la comunidad toda, entera, como cuerpo de Cristo (1 Pe 2,9). Los cargos, dentro de la comunidad, eran designados con nombres enteramente laicos en ese tiempo: inspectores (episcopos); ancianos (presbíteros); sirvientes (diákonos). Repito, ¿cómo un hombre laico en su fe y religión, que no tenía derecho alguno legal al sacerdocio cultural en la forma que el judaísmo había adquirido en la época de Jesús, podía pensar en ordenar sacerdotes culturales?

La Iglesia primera y la escatología.

La Iglesia primera veía en Jesús el hombre del futuro, el hombre del "ésjaton", el hombre cuando en él ya reina Dios. En Jesús, así lo entendía la Iglesia, no sólo se revela todo lo que Dios es, sino también, todo lo que el hombre es y puede llegar a ser. Eso significa que si el hombre no llega a curar los ciegos, los sordos, los mancos, a caminar sobre el mar, a resucitar los muertos, tampoco Jesús lo hizo, porque en Jesús se revelan todas las reales posibilidades del hombre (del hombre, con el que Dios se ha hecho una sola carne). Por eso, Jesús dice: "estas cosas que yo hago y aun mayores van a hacer ustedes" (cfr. Jn 14, 12-13).

Así como Jesús es el hombre del futuro, el hombre

cuando en él ya reina Dios, la Iglesia es la sociedad cuando en ella ya reina Dios. Preguntémosnos si en la Iglesia actual se hacen ya presentes, de verdad, las realidades definitivas. ¿Vemos en ella una sociedad en la que reina Dios, en la que reina el amor, o vemos reinar en ella la ley, o el poder, o el dinero? ¿Es la Iglesia la sociedad del futuro, un signo que hace realmente presente el futuro de la sociedad? ¿No es, más bien, la Iglesia actual una máquina del tiempo que manda varios siglos atrás a los que ingresan en ella?

Sin dogma.

La Iglesia primera vivía preocupada por lo que era Dios-con-nosotros y no por lo que era Dios en sí mismo. Por eso, la Iglesia primera defendía y difundía la verdad, no dogmas. Es más, para ella la verdad (toda la verdad y sólo la verdad) era el dogma. Jesús no dijo: "Yo soy la tradición" ni "Yo soy la diplomacia", sino "Yo soy la verdad" (Jn 14,6).

Jesús no buscó nunca una autoridad "exterior" a ella misma para la verdad. Para Jesús, la verdad es verdadera, y punto! No decía: esto es verdad porque así lo dijo Moisés o porque así lo dijo Hillel, por ejemplo, Es la verdad la que hace verdadera a la institución, no la institución la que hace verdadera a la verdad.

Era una Iglesia nómada, no instalada.

"Un hombre como yo no tiene dónde reclinar su cabeza" (Mt 8,20; Lc 9,58), había dicho Jesús. Jesús había pasado toda su vida yendo de un lado a otro, anunciando el reinado de Dios, haciendo presente ese reinado con sus hechos y palabras. El y la primera Iglesia se pasaron la vida entera en el perenne nomadeo de la evangelización. Y así lo mandó Jesús a los suyos: vayan, por todo el mundo, anunciando el Reino de Dios; no lleven ni hagan nada que les impida la desinstalación necesaria continua que

esa evangelización conlleve (cfr. Mt 10,37ss; 28,19; Lc 24,47; Hch 1,8; Mt 10,9-20; Mc 6,8-11; Lc 9,1-6).

Desde luego, era una Iglesia pobre, formada por pobres y no ligada al poder, sino perseguida por él. El Evangelio era para los pobres (Lc 4,16-19; 7,22; Mt 11,5; 1 Cor 1, 26-28; Sant 2,5-7). La Iglesia primera no tenía que hacer una opción preferencial por los pobres y su causa, era pobre, estaba constituida preferencialmente por pobres, decía que el Evangelio era para los pobres. Bienaventurados los pobres era entendido por ellos de cualquier manera menos que eran bienaventurados los ricos. Ellos tenían sus bienes en común (cfr. Hch 2,44-45) y los ricos son ricos porque no comparten. Nadie era rico, pero a nadie le faltaba lo necesario. Ellos no obligaban a nadie a poner sus bienes en común, pero no le permitían comulgar al que dejaba pasar hambre a su hermano (prójimo) pudiendo compartir con él (1 Cor 11,20) y ése es el ideal presentado como tal en el caso de Ananías y Safira (Hch 5,1-11).

En cuanto al poder, podemos ver lo que la Iglesia primera pensaba sobre Roma y el emperador, todavía treinta años después de la muerte y resurrección de Cristo (que había sido crucificado bajo el poder de Poncio Pilato, representante oficial de Roma y del emperador romano) leyendo el Apocalipsis. ¿Cómo pasó Roma de ser la gran prostituta (cfr. Ap 17;19,2), la bestia, la madre de las abominaciones de la tierra, a ser la santa sede o la "cabeza" de la Iglesia?

Edificaré mi Iglesia.

Ni Pedro ni la comunidad se apoyaron en ningún "primado" para elegir al sustituto de Judas. Pedro consultó a la comunidad, después de haber comunicado las condiciones que debía llenar el sustituto y, después de que la comunidad le hizo llegar los nombres de los que llenaban esos requisitos, Pedro no decidió por sí ni ante sí, sino que dejó que "la suerte" escogiera al titular (cfr. Hch 1,15-26). Desde

luego, Pedro no aparece nunca exigiendo un juramento de obediencia o lealtad a su primado a ningún elegido para sucesor de los apóstoles.

La Iglesia primera era una Iglesia que llamaba a Pedro "piedra", pero también Satanás (cfr. Mt 16,18 y 23) y, como puede verse, es el mismo Jesús el que le llama de esas dos formas y, en la impresión actual de la Sagrada Escritura, en el transcurso de sólo cinco versículos, Pedro pasa de ser piedra a ser Satanás.

¿Qué hubiera dicho o pensado Jesús de un Pedro al que nadie, ni toda la Iglesia junta, puede destituir? ¿Dónde dice la Sagrada Escritura que al Papa, sucesor de Pedro, no le puede dar un derrame cerebral y quedar hemipléjico o que el Papa no puede perder la razón? Cuando Jesús le pide a Pedro que apaciente sus corderos y ovejas le hace la pregunta clave: ¿me amas más que éstos? (Jn 21, 15-17). Lo único que, según Cristo en ese relato, da derecho a pastorear es amar más que los demás. Una vez más: el que no ama no conoce a Dios porque Dios es amor. No el que no estudia teología no conoce a Dios o el que no tiene un cargo institucional no conoce a Dios, sino el que no ama.

Imaginemos a San Pedro o San Pablo cambiando apóstoles para imponer su forma de pensar o su mayoría en la discusión entre la mentalidad paulina y la mentalidad petrina de la fe o de la moral consecuente a ella. Imaginemos a San Pedro criticando al imperio romano porque éste violaba los derechos humanos, pero imponiendo un año de silencio a San Pablo porque éste difería en la forma de entender y de expresar teológicamente lo que Cristo era, o lo que los dos llamaban el "evangelio" o la moral (cfr. Gál 2,11). Hay mucha más diferencia teológica ente el evangelio de Marcos y el de Juan, más diferencias teológicas entre la comunidad que tenía el evangelio de Marcos y la comunidad que tenía el evangelio de Juan que las que existen entre luteranos y católicos o las que existen entre la forma vaticana de entender las cosas y las formas latinoamericanas. ¿Por qué la comuni-

dad de Marcos no excomulgó nunca a la de Juan?

¿Y la moral?

La Iglesia primera no centró, de ninguna manera, su vida moral alrededor de lo sexual. Por ejemplo no predicó la virginidad física de María como una verdad a creer o una norma de vida a seguir. No vio en la mujer un peligro o tentación a rechazar o de que precaverse. La comunidad primera centró su atención en el amor vivido, en el amor eficaz o eficiente. No vio en lo sexual o genital algo malo o sospechoso por ser sexual o genital; tampoco entendió el matrimonio como un mal necesario. En esa misma línea, era una Iglesia que tenía obispos y diáconos casados y con hijos (1 Tim 3,1-12) y que decía que no puede cuidar de la Iglesia de Dios quien no sabe regir su propia familia.

En esa Iglesia no se hacían diferencias entre los seguidores varones de Jesús y las seguidoras mujeres (Lc 8,1-3). Se usa el mismo verbo "seguir" para lo que hacen todos ellos (Mt 9,9; Mc 1,17-18; Lc 5,11; 9,57-61; 18,22). Para ellos era claro que bautizara Pedro o bautizara Judas, quien bautizaba era Cristo; igualmente y por las mismísimas razones, bautice Pedro o bautice María de Magdala, quien bautiza es Cristo. En Cristo Jesús no hay ni hombre ni mujer (cfr. Gál 3,28).

Lo que Jesús dijo a Marta (en Lc 10,38-42) vino a ser lo siguiente: ¿por qué te quedas cocinando cuando, como María, podrías ser "seguidor" mío a tiempo completo? Lo que María hace, en ese relato, es descrito como estar sentada "a los pies" de Jesús. Estar sentada "a los pies" de alguien es la expresión bíblica para decir que alguien es discípulo de alguien. Así Pablo dice que fue educado "a los pies" de Gamaliel (cfr. Hch 22,3).

Imaginemos al padre del hijo pródigo diciendo a éste: "Y las mujeres con las cuales gastaste el dinero, ¿eran solteras o eran casadas? Porque mientras no me aclares

al detalle eso no te recibo". O, agregando todavía: ¿"Y había alguien delante? (por el escándalo), o, todavía más: "¿Y cuando estabas con ellas estabas pensando en ellas o estabas pensando en otras? ¡Y mientras no me aclares todo esto no hay fiesta que valga!". En qué quedaría el "pero si lo único que debiera importarte es que tu hermano estaba muerto y ha resucitado, se había perdido y ha sido hallado" que es lo que hace maravillosa esa parábola sobre el amor **incondicional** de Dios (cfr. Lc 15,11-32).

Dentro de esa moral, consecuente al Evangelio, no se creía en la individualidad como valor. Somos miembros de un cuerpo, el de Cristo (cfr. 1 Cor 6,15; 12,12-31; 6,12-20; 10,14-22; Ef 5,30; Rom 12,4-8). El miembro sólo existe en el cuerpo y para el cuerpo. Esa solidaridad absoluta que tienen los miembros de un mismo cuerpo es la que existe entre nosotros. Lo bueno o lo malo que yo haga, por secreto que sea, afecta necesariamente a los demás. De allí que sólo el que esté libre de pecado puede arrojar piedras (ver Jn 8,7) porque yo soy culpable de los pecados de alguien si yo he cometido algún pecado. Esa misma conciencia de solidaridad total es la que explica lo de que el pecado de Adán nos mancha a todos y la obediencia de Cristo nos limpia a todos (Rom 5,12-21).

Esa moral, consecuente al Evangelio, no usaba ningún tipo de chantajes morales. Jesús no dijo: ámense los unos a los otros porque así se irán al cielo o porque así no se irán al infierno, sino porque yo los he amado (Jn 13, 34). Sean perfectos porque mi Padre es perfecto (Mt 5,48), no porque así se irán al cielo o no se irán al infierno.

Era una Iglesia que no creía en que al morir nos vamos para ningún lado y no hay ni una frase en toda la Sagrada Escritura que diga algo así. No hablaban de cielo para las almas, sino del Reino de Dios, y reino que más bien tenía que venir aquí (Lc 11,2; Mt 6,10). Ellos no hablaban de almas que se van, sino de resurrección de los muertos. Es este mundo el que tiene que convertirse en un mundo como Dios lo quiere, en un mundo en el que Dios reine.

Era una comunidad, finalmente, que creía de verdad en la libertad. Dios era para ellos, el amor que libera y la libertad que ama (cfr. Ex 20,1; 18,9-10; 2 Cor 3,17; Gál 5,1). Jesús no admitía ni segregaciones ni divisiones de ningún origen o clase, ni radicales, ni sociales, ni sexuales (ver Gál 3,28), nada que impida la liberación del hombre frente al culto, frente al Estado o frente a la ley y eso porque el Dios al que sigue es el Dios que libera.

Conclusión.

A la Iglesia a la que Jesús le promete que nada la podrá destruir es a la Iglesia que él quería, ¿lo somos? Todo lo que en el transcurso de dos mil años hemos ido haciendo con la Iglesia que Jesús quería tiene explicación histórica y, a veces, excelente explicación, pero no todo tiene justificación evangélica, aunque se vaya haciendo en nombre de Dios o de Cristo o del Evangelio. Hemos ido recargando los brazos de "la esposa" con tal cantidad de joyas que ya no puede mover los brazos. ¿Y, qué tal si, una vez más, Dios se la lleva al desierto y le habla al corazón? ¿Y, qué tal si Dios decide, una vez más, cambiar el corazón que se le ha hecho fósil, un corazón de piedra, en un corazón de carne (cfr. Ez 11,19), en un corazón de novia, en un corazón de esposa, en un corazón de madre, **como en los días de su juventud**? Nada ni nadie puede impedirselo a Cristo; nada ni nadie puede impedirselo a la Iglesia, nuestra madre.